
Olivia T. Turner
PAGA YA, FLORECITA

PAGA YA, FLORECITA

OLIVIA T. TURNER



Copyright© 2025 por Olivia T. Turner.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida en ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico o mecánico, incluyendo correo electrónico, fotocopias, impresión, grabación o cualquier sistema de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito de la autora.

Para solicitudes de permiso, envíe un correo electrónico a Olivia@oliviatturner.com.

¡Gracias por apoyar mi trabajo!

Esta es una obra de ficción. Cualquier semejanza con eventos reales, negocios, empresas, lugares o personas, vivas o fallecidas, es pura coincidencia.

www.OliviaTTurner.com

ÍNDICE

Paga ya, florecita

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Epílogo

PAGA YA, FLORECITA

No quiero su dinero. Quiero a su hija.

Mi padre está en graves problemas.
Le debe dinero al hombre más poderoso de la Costa Este y no puede pagar.
Cuando me acerco al Sr. Connolly para intentar hacerme cargo del préstamo, él tiene una idea diferente.
Está dispuesto a perdonar la deuda si me someto a él.
Tengo que hacer lo que él ordene, cuando lo ordene.
Creo que este macho alfa exagerado está un poco obsesionado conmigo.
Menos mal que estoy disfrutando cada segundo...

Este libro está dedicado a mis lectoras y a todos los hombres que han estado obsesionados con ellas.



UNO

Bree

—Estás mintiendo.

Mi padre solo suspira. Se ve tan agotado. Cansado. *¿Cuándo empezó a mostrar su edad de esta manera?*

Es como si todos los años lo hubieran alcanzado en una semana. Podría estar volviéndome loca, pero no creo que tuviera tantas canas la semana pasada.

—Ve a limpiar la mesa seis —dice, mirándome con ojos inyectados en sangre—. Por favor, Bree.

—Papá —digo, arrojando el trapo sobre el mostrador de acero inoxidable de la estación de camareras—. ¿Qué pasó?

Sus ojos bajan al suelo de baldosas. —Nada.

El yeso en su brazo cuenta una historia diferente.

—¿Estás en algún tipo de problema?

Se pasa una mano por el cabello que ya no es castaño y toma una respiración profunda, conteniéndola mientras cierra los ojos con frustración. —¿Puedes simplemente limpiar la mesa, por favor? —pregunta, luciendo como si estuviera a punto de derrumbarse por el estrés.

Abro la boca para responder, pero lo pienso dos veces. Parece que está bajo una tonelada de presión y no necesita que yo le añada más. —Claro, papá —digo, tomando el trapo húmedo—. ¿Por qué no sales a dar un paseo? Intenta relajarte un poco.

Me da una sonrisa tensa. —Buena idea. No es como si hubiera mucho movimiento aquí dentro. —Mira más allá de mí hacia el comedor casi vacío y suspira.

Estoy preocupada por él. Mi padre ha invertido todo en este restaurante para nosotros dos, pero últimamente, nada ha funcionado y la gente simplemente no viene.

Camino a través del laberinto de mesas vacías hacia la única mesa sucia junto a la chimenea. Era una pareja agradable. Solo compartieron un par de entradas. Dos bebidas. Ni de cerca lo

suficiente para pagar las cuentas de esta semana.

Es viernes por la noche y este lugar debería estar lleno, pero en cambio solo hay grillos. Literalmente, grillos. Entran por la puerta lateral.

Miro por encima de mi hombro a mi padre mientras pasa junto a los cocineros que están por ahí, ya sea charlando entre ellos o en sus teléfonos. A cada uno se le paga por hora. Y sin dinero entrando, es dinero saliendo de los ahorros de toda la vida de mi padre, dinero proveniente de Visa y, lo peor de todo, dinero que se suma a su deuda con Cormac Connolly.

El Sr. Connolly es el jefe de la mafia irlandesa en la zona. El hombre con quien no haces contacto visual. El hombre por quien cruzas la calle cuando lo ves venir en dirección contraria. El hombre que puede quitarte la vida.

Mi padre nunca me dijo la verdad sobre de dónde sacó el dinero para abrir este restaurante, pero tengo algunas suposiciones. Una en particular.

Verás, mi padre creció con esta gente. Sus padres eran inmigrantes irlandeses pobres y mi papá creció en un vecindario de inmigrantes irlandeses pobres. Así que cuando necesitó pedir prestado dinero para abrir un restaurante, no fue a un banco. Hizo lo que hacía la gente que creció donde él creció: se lo pidió prestado a Cormac Connolly.

Y estoy segura de que así es como se rompió el brazo.

El restaurante no ha estado ocupado. He estado aquí y lo he visto con mis propios ojos. No puedo imaginar cómo mi padre está pagando las cuentas. Simplemente, no lo está haciendo.

Recojo los vasos vacíos en la mesa sucia y empujo la silla hacia atrás cuando termino. Un grillo salta desde detrás de la pata de la silla y chirría, burlándose de mí. Saben que no los mataré. No tengo el corazón para hacerlo.

—Vamos —digo, empujándolo suavemente con el pie hacia la puerta lateral—. Tienes que pedir algo si quieres quedarte. Dios sabe que necesitamos el negocio.

El grillo es terco, pero hago mi mejor imitación de Wayne Gretzky con el pie y lo guío hacia la puerta lateral.

—Y quédate fuera —le digo mientras abro la puerta y lo empujo hacia afuera—. Y dile a tus amigos.

Salta fuera del restaurante y sonrío cuando desaparece en la hierba alta. Probablemente lo veré de nuevo mañana.

Una mano grande y pesada me arrebata la puerta y la abre de golpe, casi llevándome con ella.

—Ups —digo, mientras trato de estabilizar los vasos en mi mano que casi se caen—. Eso estuvo cerca, casi...

Las palabras desaparecen de mi garganta cuando miro hacia arriba con la boca abierta. Dos de los hombres más grandes que he visto en mi vida entran por la puerta como si fueran los dueños del lugar.

Y según los tatuajes de tréboles en sus cuellos, lo son.

No sé sus nombres, pero sé quiénes son. También sé que debo mantenerme alejada de ellos.

Son los dos mejores ejecutores del Sr. Connolly. Los dos en quienes más confía. Los dos más mortíferos en su organización criminal.

Mi corazón se acelera mientras se abren paso hacia el comedor. Son tan grandes que siento una ráfaga de viento cuando pasan junto a mí, como un tren que me sobrepasa.

—¿Les gustaría una mesa? —pregunto. Mi voz es pequeña. Débil. Tímida.

Hay una sensación de vacío en la boca de mi estómago cuando me doy cuenta de que están aquí por mi padre y no por las alitas de pollo casi caducadas o las ensaladas empapadas.

—¿Dónde está Arthur? —pregunta el más grande con la larga barba roja.

Mi voz ha desaparecido. Mi boca está tan seca como la ensalada empapada que comí antes, que amenaza con volver a subir.

—Oficina —gruñe el otro. Tiene una cicatriz en la mejilla y unos ojos violentos que me dan ganas de salir corriendo por la puerta.

—Esperen —digo, finalmente encontrando mi voz mientras caminan hacia la cocina—. Mi padre se fue por el fin de semana. Volverá el lunes.

Simplemente me ignoran mientras entran en la parte trasera. Los sigo mientras mi mente corre, preguntándome qué hacer.

Los cocineros se dispersan como las cucarachas que se esconden bajo la parrilla cuando ven llegar a los dos matones. Agarran sus teléfonos y salen corriendo por la puerta trasera, dejando a mi padre enfrentarse solo a estos dos rufianes.

Trago saliva mientras reúno valor. *No* está solo. Me tiene a mí.

Pero ¿qué puedo hacer yo contra dos montañas?

Caminan directamente hacia la puerta de la oficina de mi padre y entran sin más.

—Bree —dice con exasperación en su voz—. Te dije que yo-

Su boca se abre de par en par cuando ve quiénes son.

—Brock. Lynch —dice, mirando hacia arriba sorprendido—. ¿Qué hacéis aquí?

Brock es el de la larga barba roja. No le gusta esa pregunta.

—¿Que qué hacemos aquí? —pregunta mientras se acerca a mi padre—. Somos los putos dueños del lugar.

Mi padre se levanta de su silla cuando el matón se acerca. Se ve tan pequeño comparado con ellos dos. No tiene ninguna oportunidad.

Brock se sienta en su silla y pone los pies sobre el escritorio, derribando un café que se derrama sobre algunas facturas. Nunca aparta sus ojos duros de mi padre tembloroso.

—Yo, eh, pensé que el señor Connolly dijo que el pago era el lunes. —Nunca había escuchado tanto miedo en la voz de mi padre. Hace que mis músculos tiemblen.

—Cambió de opinión —dice Brock, reclinándose en la silla.

Lynch está ahí parado como una estatua con sus enormes brazos cruzados sobre su pecho masivo. Mira a mi padre como un león alfa observando a un ratón indefenso.

—Dime que lo tienes —dice Brock, acariciando su larga barba roja—. Por favor, dime eso,

Arthur. No quiero tener que romperte el otro brazo. O el brazo de tu linda hija.

Mi corazón se detiene cuando escucho eso. Estoy en el pasillo y podría huir fácilmente. Podría salir corriendo por la puerta y estar en un autobús lejos de aquí antes de que siquiera sepan que me he ido, pero no puedo dejar a mi padre con estos dos matones. Si puedo ayudar, lo haré.

—Por favor, dejen a Bree fuera de esto —suplica, viéndose ahora aterrorizado—. Es una buena chica y no tiene nada que ver con esto. Ella no pidió esto.

—Lo pidió cuando decidió tener un perdedor arruinado como padre —dice Brock, sonriendo.

—Por favor. —La barbilla de mi padre tiembla.

Brock se ríe mientras se levanta.

—Por suerte para ella, el jefe dijo que solo te diéramos una paliza a ti. Pero supongo que si no nos das el pago de la próxima semana, eso cambiará.

Mi estómago se revuelve mientras escucho. No me di cuenta de que las cosas estaban tan mal. ¿En qué nos ha metido mi padre?

—¿Tienes el dinero? —pregunta Brock, acercándose a mi padre. Se cierne sobre él como un verdugo.

El rostro de mi padre se vuelve tan blanco como las paredes aún sin pintar de su oficina. Corre hacia el escritorio y agarra un papel.

—Miren —dice, entrando en pánico—. Esta es una factura de diez cajas de tomates. —La factura tiembla en sus manos mientras los mira con ojos desesperados—. Tres de las cajas estaban podridas. Mañana me darán un reembolso y tan pronto como lo reciba, iré corriendo a la oficina del señor Connolly y le pagaré el dinero.

—¿Con tomates? —pregunta Brock, riendo—. ¿Quieres pagarle al jefe de la mafia irlandesa con tomates?

—No —dice mi padre, sacudiendo la cabeza violentamente—. Con el reembolso. Efectivo. Dinero real.

Brock se vuelve hacia Lynch con una sonrisa.

—¿Qué opinas, Lynch? ¿Crees que al señor Connolly le gustaría que le pagaran un día tarde, con tomates podridos?

Lynch solo sacude su enorme cabeza.

—¡Es dinero real! —chilla mi padre cuando Brock da un paso adelante.

Sin pensarlo, corro a la cocina y agarro el cuchillo de carnicero más grande que puedo encontrar. No van a ponerle un dedo encima a mi padre si puedo evitarlo.

Vuelvo corriendo, apretando el mango tan fuerte que me arden los nudillos. Cuando regreso, Lynch tiene a mi padre gritando sujetado sobre la mesa mientras Brock extiende su brazo bueno.

Sé lo que va a pasar a continuación, así que irrumpo en la habitación, blandiendo el cuchillo en el aire como una pequeña pirata pelirroja.

—¡Déjenlo ir! —grito.

Los dos matones se vuelven hacia mí con sonrisas burlonas en sus rostros.

—¿Es ella tu guardaespaldas? —pregunta Brock con una risita.

—¡Bree! —grita mi padre—. ¡Sal de aquí! —Se ve aún más aterrorizado ahora que cuando los matones lo agarraron.

Sostengo el cuchillo, tratando de parecer confiada y peligrosa, pero sintiéndome todo lo contrario por dentro. Ni siquiera puedo matar a un grillo, ¿por qué estoy amenazando con matar a dos humanos?

Mi enfrentamiento no dura mucho.

Lynch se lanza hacia mí increíblemente rápido y agarra mi muñeca con un agarre de hierro. Dejo caer el cuchillo y grito mientras la aprieta, sintiendo como si cada hueso de mi muñeca se estuviera rompiendo.

—¡Déjala! —grita mi padre, tratando desesperadamente de levantarse, pero es inútil con la montaña de hombre que es Brock sujetándolo así.

—Dale una lección —dice Brock, sonriendo mientras me observa.

Ni siquiera veo venir el puñetazo.

En un segundo, estoy siendo sostenida por el poderoso agarre de Lynch y al siguiente, estoy desplomada en el suelo con mi ojo izquierdo ardiendo, mi cabeza palpitando y mis rodillas débiles como si estuvieran hechas de gelatina.

Apenas puedo ver con el agua y las estrellas en mis ojos, haciendo que mi visión sea borrosa. Apenas puedo oír tampoco, con el constante *tum tum tum* en mis oídos.

Pero de alguna manera, el fuerte crujido y el grito de dolor de mi padre atraviesan mi aturdimiento.

Intento aclarar mi cabeza mientras los dos monstruos sueltan a mi padre y salen, riendo.

—Te veremos mañana —dicen mientras se van—. Y más te vale tener algo más que tomates podridos.

Mi padre rueda fuera del escritorio y se desploma en el suelo, agarrando su brazo bueno, que ahora es su segundo brazo roto.

Gateamos el uno hacia el otro y nos encontramos en algún punto intermedio, hasta que nos aferramos el uno al otro y lloramos impotentes.

No es una buena sensación.

Mi padre siempre ha sido un hombre tan orgulloso y lo que realmente duele es verlo tan quebrado y desmasculinizado. Eso duele más que mi ojo palpitante.

Esto no terminará hasta que mi padre esté muerto.

El restaurante no está teniendo más clientes. El dinero sale más de lo que entra.

Mi padre nos ha mantenido durante tanto tiempo, desde que mi madre murió hace ocho años cuando yo tenía diez. Quizás sea hora de que yo dé un paso al frente y ayude.

Tal vez pueda hacerme cargo de su deuda para que pueda disfrutar de sus años dorados en un campo de golf en paz.

Tengo que intentarlo.

Cuando finalmente nos levantamos, cerramos el restaurante y subimos al coche para ir al hospital, ya he tomado una decisión.

Voy a ir a ver a Cormac Connolly mañana.

Y saldar esta deuda de una vez por todas.

DOS

Cormac

—¡Pero soy el mejor vendedor en seis condados! —grita el pequeño cabrón mientras Brock le sujeta los brazos por detrás de la espalda.

Estoy harto de este tipo. ¿Qué clase de mierda le vende drogas a los niños?

Sammy grita cuando Brock aprieta su agarre.

Esta mierda.

—Vendiendo a niños —digo mientras salgo de detrás de mi escritorio con los ojos fijos en él —. Solo los más bajos de lo bajo venden productos a niños. Tú vendes para mí. Eso significa que me estás haciendo vender productos a niños. ¿Soy yo el más bajo de lo bajo?

Sammy sacude su grasienta cabeza en pánico.

—No. Definitivamente no.

Meto la mano en sus vaqueros y saco un fajo de billetes. Hay al menos tres mil dólares aquí. Lo tiro sobre mi escritorio y explota en un desorden de billetes de cien dólares.

—Relájate —digo cuando veo que le tiemblan las piernas—. No voy a matarte. Debería, pero no lo haré. Sigues siendo mi mejor vendedor, aunque sea porque eres una mierda.

Los ojos de Sammy se clavan en mis relucientes zapatos. Está aterrorizado de mí. Como debe ser.

No lo pensaría dos veces antes de acabar con su patética vida.

Meto la mano en mi bolsillo y saco mi navaja automática. Los ojos de Sammy se abren de par en par cuando oye el chasquido de la hoja al salir.

Se estremece cuando coloco la punta bajo su barbilla y guío su cabeza hacia arriba hasta que me mira.

—Vende a un niño más y verás lo que pasa.

No puede mover la cabeza con mi cuchillo sujetándolo en su lugar, pero la intención es clara en sus ojos aterrorizados. No me desobedecerá.

Nadie lo hace.

O, nadie *vivo* lo hace.

—No lo haré —dice, mirándome a los ojos—. Lo prometo.

No necesito sus promesas. Necesito su miedo. Y lo tengo.

—Suéltalo, Brock —digo, mientras cierro la navaja y la guardo de nuevo en mi bolsillo.

Sammy respira aliviado cuando el bruto lo suelta.

—Gracias, señor —dice, juntando las manos frente a él mientras se arrastra. Odio a los que se arrastran—. No lo decepcionaré.

Miro a Lynch y él asiente, moviéndose rápido mientras agarra al perro grasiento. Brock abre la puerta de mi oficina y Lynch literalmente lo arroja al pasillo.

Brock y Lynch son mis dos mejores hombres. Todo músculo y nada de cerebro. Hacen lo que les digo y son tan leales como se puede ser. Hacen que la gente pague, cuidan mi espalda, y después de mí, son las dos personas más importantes en mi organización.

—Vigiladlo —digo después de que Brock cierra la puerta—. Si oís que ha vuelto a los parques infantiles, me lo traéis. —Quiero ser yo quien lo elimine.

Unos minutos después, hay un golpe en la puerta. Es tan suave y tímido que apenas lo oigo.

Brock abre la puerta una rendija y empieza a reír cuando ve quién está allí. Inclino la cabeza hacia un lado, curioso e intentando echar un vistazo, pero no puedo ver con Brock en medio.

—¿Quién es? —pregunto.

Brock mira por encima de su hombro con una sonrisa en la cara.

—Solo un pequeño ratón —dice sonriendo—. ¿Quieres que la aplaste?

Ha despertado mi curiosidad.

—Muévete.

Hace lo que le ordeno y revela la visión más hermosa que jamás he visto cuando se hace a un lado.

Me golpea como un tren estrellándose contra mi núcleo. Una fuerza agarra mi alma y amenaza con acabar conmigo a menos que la haga mía.

Es la cosa más hermosa que he visto jamás.

Un gran cabello rojo que ondea como lava fluyente. Estoy tan hipnotizado que temo que si lo toco, me quemaré.

Sus brillantes ojos son de un azul imposible con un hermoso rocío de pecas salpicadas por sus suaves mejillas. Trago con fuerza mientras observo sus exuberantes labios rosados, preguntándome desesperadamente si saben tan bien como se ven. Juro en ese momento hacer cualquier cosa para averiguarlo.

Mi corazón late con fuerza en mi pecho, golpeando contra mi caja torácica. Todo lo que puedo hacer es mirarla con incredulidad. Incredulidad de que una chica pueda hacerme reaccionar así.

Lleva una camisa amarilla que hace que su rostro brille como el sol, lo cual es

completamente apropiado porque se siente como si el sol hubiera sido removido del centro del universo y ella hubiera tomado su lugar. Ella es ahora el centro de *mi* universo.

Mis manos están temblando. ¡*Temblando*! Mis manos nunca tiemblan. Las deslizo bajo el escritorio para que nadie las vea.

Estoy completamente congelado en mi silla, como si las nubes se hubieran abierto y un ángel hubiera descendido de ellas a mi oficina. La miro, fascinado, con las palmas sudando. Todo lo que sé sobre la vida, el amor y la necesidad ha desaparecido. Ahora vivo por ella. La amo intensamente con cada célula de mi cuerpo. La necesito como necesito el aire que es tan difícil de respirar con mi pecho ardiendo tan apretadamente.

—¿De vuelta por más? —dice Brock, riendo.

La rabia arde a través de mí. Se está riendo de ella. Es hombre muerto.

Pero no puedo moverme. Es como si el mundo se hubiera puesto del revés. Apenas puedo respirar en su presencia. No ha dicho una palabra, pero ya sé que debo tenerla.

Nuestras almas fueron hechas la una para la otra y siento una necesidad oscura creciendo dentro de mí; una necesidad de poseerla completamente.

—Señor Connolly —dice, mirándome directamente con esos devastadores ojos azules. Un cálido escalofrío me recorre cuando escucho el dulce sonido de su voz.

La ira se mezcla con el deseo. Estoy enojado porque este hermoso ángel existía en este mundo y nadie me la trajo. ¿Cuánto tiempo se perdió sin ella a mi lado? Me estremezco al pensarlo.

Está aquí ahora. Y nunca se irá.

—Señor Connolly —repite cuando me quedo sentado, mirándola atónito—. Me gustaría hablarle sobre mi padre, Arthur Walsh.

Cada vello de mi brazo se eriza como un ejército en alerta mientras ella habla. Es tan valiente y decidida. Sé lo que debe haber oído sobre mí. Tengo fama de ser despiadado y violento. Todo fue hecho a propósito. Sin embargo, aquí está ella, en mi oficina, erguida y mirándome a los ojos.

Se ve tan joven e inocente. No puede tener más de dieciocho años, y aun así, está aquí, manteniéndose firme mientras habla con el hombre más poderoso de la ciudad.

Respiro hondo mientras espero que continúe. No me siento muy poderoso ahora. Siento que podría hacerme pedazos simplemente saliendo por la puerta. Podría destrozar mi corazón con solo una mirada de dolor.

—Él le debe dinero, creo —continúa cuando no digo ni una palabra. No podría hacerlo aunque lo intentara.

Mi mente corre, ya imaginando cuán suave y dócil se sentiría acostada debajo de mí, preguntándome qué puedo hacer para hacerla mía para siempre.

Me aclaro la garganta y me enderezo, sin apartar los ojos de la impresionante belleza que está frente a mí. —Así es. ¿Eres su hija?

Ella asiente.

Un pensamiento oscuro cruza por mi mente. Quiero llevármela y encerrarla en mi habitación. Quiero arrancarle la ropa y correrme dentro de ella para hacerla mía. Quiero plantar mi semilla en su joven vientre y no dejarla ir nunca.

—Mi padre no puede pagarle —dice, con la voz temblorosa. Me rompe el corazón verla tan angustiada. Podría fácilmente borrar la deuda de su padre conmigo con un trazo de mi pluma, pero no lo haré. Puedo usar eso para atarla a mí, para encadenarla a mi vida. Soy un cabrón egoísta, pero ahora mismo, mataría al mismísimo Dios por un solo beso de esos labios.

Levanta la barbilla y me mira a los ojos con una determinación feroz que me marea. —Me gustaría asumir su deuda.

Brock estalla en carcajadas, pero la mirada violenta que le lanzo lo calla muy rápido.

Mis ojos codiciosos recorren su joven e inocente cuerpo, absorbiendo cada gloriosa pulgada. —¿Y cómo piensas pagarme su tremenda deuda?

Traga saliva pero mantiene la mirada. Es tan hermosa.

—Trabajando para pagarla. —Saca un papel de su bolsillo y lo desdobla mientras da un paso adelante—. Puedo pagarle quinientos dólares al mes durante los próximos diez años y eso debería cubrirla.

No puedo evitar admirar su valentía mientras coloca el papel en mi escritorio. Está escrito a lápiz en una hoja arrancada de un cuaderno. Me la imagino usando sus libros escolares para calcular cómo puede hacerse cargo de la deuda de su padre y el pensamiento me inunda de una oleada de calidez.

—Esto no es suficiente —digo, mirando el papel. Las finanzas cuadran, incluso ha tenido en cuenta los intereses, pero aún no es suficiente. Solo la quiero a *ella*.

Quiero retenerla. Quiero protegerla.

Quiero deslizar mi polla en su apretado coño cada mañana y cada noche y escucharla gemir mi nombre en esos dulces labios suyos.

Y no pararé hasta que eso sea una realidad.

—Le pagaré hasta el último centavo —dice, con sus ojos azules brillando—. Le doy mi palabra.

Estaba tan cautivado por sus ojos azules que no noté la oscuridad en su piel. Me levanto del escritorio en un instante, deteniéndome justo frente a ella mientras se inclina hacia atrás sorprendida.

Tomo su mejilla en mi mano e inclino su cabeza hacia arriba mientras examino su ojo izquierdo. Lo ha cubierto con maquillaje, pero sé que está ahí: un ojo morado.

Un calor asesino recorre mi cuerpo mientras me lamo el pulgar y limpio el maquillaje de su suave piel púrpura.

—¿Quién te hizo esto? —exijo un nombre. Ya estoy fantaseando sobre lo que le voy a hacer mientras mi cuerpo se tensa y mi pulso se acelera.

Sus ojos puros e inocentes se fijan en el suelo. —Me caí por las escaleras —murmura.

Mis ojos se dirigen a mis hombres de confianza, Brock y Lynch. Tal vez ellos sepan quién es el hombre que pronto estará muerto por haberla tocado.

Lynch mira la pared, el suelo, el techo, a cualquier parte menos a mí. Sus mejillas están rojas ardientes mientras traga nerviosamente.

Los ojos preocupados de Brock están sobre Lynch.

Es hombre muerto.

Quiero arrancarle el corazón del pecho inmediatamente, pero no lo haré frente a ella. Nunca más habrá violencia en su vida. Siempre y cuando nunca intente irse.

Me cuesta todo lo que tengo soltar su suave mejilla. —¿Le hiciste esto tú? —le exijo a Lynch mientras avanzo hacia él. Es más grande que yo, pero no le tengo miedo. No le tengo miedo a ningún hombre.

Traga saliva mientras niega con la cabeza, mirándome con ojos culpables.

—Está bien —dice ella, poniendo su mano en mi antebrazo—. Me caí por las escaleras. Es la verdad.

Aparto mis ojos de Lynch y me vuelvo hacia ella. Su rostro es como porcelana. Es perfecto.

Podría mirar su rostro durante horas, durante días.

Sus labios son hipnóticos cuando se mueven. Absolutamente hechizantes cuando están quietos.

Sus dientes blancos y brillantes son rectos excepto por uno torcido que hace que su boca sea aún mejor. Un defecto que no es un defecto. Un defecto que la hace aún más perfecta.

Me pregunto cómo será su sonrisa cuando toma el papel de mi escritorio y me lo entrega. —Por favor, señor Connolly. Mi padre está cansado y se esfuerza mucho. Es solo un irlandés que está pasando por un mal momento. Por favor, déjeme asumir su deuda.

Se ve tan preocupada. Alguien tan joven como ella no debería estar cargada con problemas como este.

Quiero abrazarla y decirle que todo va a estar bien. Quiero cuidar de ella y proporcionarle todo lo que necesite hasta el día en que muera.

—Ánimo, preciosa —digo, tomando el papel de ella. No sé su nombre y no sé por qué la llamo así, pero le queda bien. Tal vez sea la camisa amarilla o es el brillo que trae a mi mundo oscuro y sombrío, pero eso es lo que sale—. Todo va a estar bien. Ve a casa y yo me encargaré de todo.

Ella respira aliviada. —¿Eso significa...?

—Significa que lo resolveremos —digo, mirándola a los ojos.

Me mira y su rostro se suaviza. —Gracias.

Debería manejar esto ahora. Debería hacer todo lo posible para mantenerla aquí y poner mi bebé en ella, uniéndonos para siempre, pero no puedo.

Lynch la lastimó y no podré respirar hasta que le meta una bala en la cabeza.

Brock le abre la puerta y observo con el pecho oprimido cómo se marcha. Mi ira solo aumenta cuando está fuera de mi vista.

Me giro hacia Lynch con una rabia incontenible que me consume. Me enfurece que ella esté fuera de mi presencia y es todo culpa *suya*.

—¿Está bien, jefe? —pregunta Brock nerviosamente mientras me acerco lentamente a su amigo.

Lynch traga saliva mientras me ve acercarme. Sabe que está en problemas, pero no se da cuenta de cuánto. Si lo supiera, estaría lanzándose hacia la puerta.

Normalmente soy tan calmado. Tan compuesto. Dirijo mi organización con la cabeza, nunca dejando que mi temperamento interfiera en la toma de decisiones, pero hoy es diferente.

Esta chica me está desmoronando.

Está consumiendo mis pensamientos.

Su dulce aroma a caramelo aún está en mi nariz, volviéndome loco.

—¿Tú. La. Golpeaste? —pregunto, mirando fijamente a Lynch.

Sus mejillas se vuelven de un rojo culpable y es toda la prueba que necesito. Le pateo la rótula, haciéndolo caer al suelo y le propino tres fuertes puñetazos en la cara.

Puede que ya no sea un jovenzuelo como en mis días de boxeo, pero aún soy duro como el acero y todavía puedo destrozar a alguien.

Lynch se agarra la nariz torcida que sangra como un grifo con fugas mientras camino lentamente detrás del escritorio y abro el cajón superior.

Los ojos de Brock están salvajes y vivos mientras se mueven de mí a Lynch, una y otra vez, una y otra vez.

Agarro la pistola que está sobre una pila de papeles y la amartillo mientras me acerco al hombre muerto que empieza a suplicar mientras sostiene su cara rota.

No me interesa escuchar ninguna súplica. Tocó a mi chica. Se gana una bala en la cabeza.

Bang.

Brock salta ante el ruido. Me giro hacia él mientras el cuerpo sin vida de Lynch se desploma en el suelo. Hay un orificio de salida en la parte posterior de su cabeza, sangrando sobre mi cara alfombra.

—Jefe —dice Brock, retrocediendo mientras me muestra las palmas de sus manos—. Eso fue un buen movimiento. Se lo merecía.

—Permitiste que la tocara —digo, levantando la pistola humeante—. Dejaste que sucediera.

—No —dice en pánico—. Yo no estaba en el...

Bang.

Cae al suelo para unirse a su amigo en el infierno.

Nadie toca a mi florecita. Jamás.

Ahora es mía y está bajo *mi* protección.

Es hora de ir a decírselo.

TRES

Bree

—Vas a tener que aprender a comer con los pies —bromeo mientras le doy de comer espaguetis a mi padre. Ahora tiene los dos brazos enyesados, así que tengo que hacer prácticamente todo.

Pero no me importa. Le vendrá bien un descanso.

—Lo siento mucho —dice cuando termina de masticar. Parece devastado y apenas ha podido mirarme a los ojos desde que los matones entraron en el restaurante anoche y le rompieron el brazo—. No merecías ver eso.

—Y tú no merecías que te pasara —digo, limpiándole la salsa de la barbilla con una servilleta—. Lo que no nos mata nos hace más fuertes, ¿no?

Asiente, pero no parece sentirse más fuerte.

Mientras le doy de comer, empiezo a recordar lo sucedido esta tarde. Fue a la vez aterrador y emocionante estar frente a Cormac Connolly, el jefe de la mafia irlandesa. Estaba muy nerviosa.

Me temblaban las piernas y sudaba mucho cuando entré, pero estar tan cerca de él mientras se erguía sobre mí con esos ojos oscuros y sensuales empezó a provocarme otra cosa.

Mis nervios se convirtieron en deseo. Mi miedo se transformó en anhelo.

No esperaba que fuera tan guapo. Lo había visto por la ciudad antes, pero nunca de cerca. Mi padre siempre me enseñó a bajar la mirada y alejarme rápidamente cuando estaba en la zona, así que siempre lo hacía. Se volvería loco si supiera que hace unas horas estaba en su oficina, negociando con él.

Se veía tan grande y poderoso mientras se erguía sobre mí, emanando una energía oscura y dominante que amenazaba con consumirme por completo. Es un auténtico macho alfa y ver eso, sentir el poder que tenía sobre la gente, incluyendo a los dos hombres enormes que lastimaron a mi padre, despertó algo carnal y primario dentro de mí.

Nunca me han atraído los hombres mayores, pero este hombre mayor es diferente. ¿Cómo no sentirme atraída por él?

Sus ojos oscuros estaban fijos en mí, mirándome intensamente como si yo fuera lo más importante del mundo. Fue la primera vez que sentí que un hombre me veía de verdad. Que me veía realmente.

Mi padre me ama, pero él no cuenta, y los chicos de la escuela siempre se burlaban de mi pelo rojo. Eran demasiado inmaduros y consentidos para despertar mi interés.

Cormac Connolly es diferente. Mirar sus ojos era como mirar a través de una ventana hacia su alma. Su alma oscura y dominante. Desde que me fui, he estado deseando echar otro vistazo.

No puedo dejar de pensar en cómo mi piel se sentía como si estuviera encendida en un fuego dichoso bajo su tacto. Mi mejilla aún hormiguea cada vez que lo recuerdo.

—Deberías irte —dice mi padre cuando terminamos de comer y estoy lavando los platos—. Toma un autobús y vete lo más lejos posible de aquí.

Me río para quitarle importancia mientras lleno el fregadero de agua, aunque él habla en serio —. ¿Quién va a ser camarera en el restaurante?

—¿Para los clientes inexistentes? —pregunta mi padre. Se ve tan patético con los dos brazos enyesados—. Lo digo en serio, Bree. Deberías irte esta noche. No es seguro para ti aquí. Cada vez que veo tu ojo morado me siento enfermo. Temo que la gente que hizo eso vuelva y haga algo peor.

Niego con la cabeza mientras sumerjo los platos sucios en el montón de burbujas. Simplemente no puedo creer que el Sr. Connolly me haga daño. Parecía tan agitado cuando vio mi ojo morado. Tuve que hacer un gran esfuerzo para no burlarme del matón que me lo hizo.

Sonrío mientras lavo el plato, esperando que el Sr. Connolly le haya devuelto el golpe con creces.

—No me voy a ir, papá.

—No es momento para que seas terca —dice, agitándose—. Tu seguridad es mi priori...

Un golpe en la puerta lo hace callar. Su rostro palidece mientras se gira hacia ella.

—No abras —susurra.

Agito mi mano mojada hacia él mientras camino hacia la puerta—. Podría haber un problema en el restaurante —digo, secándome las manos en la parte trasera de mis vaqueros. Vivimos en un pequeño apartamento de una habitación sobre el restaurante. Papá me dio la habitación. Él duerme en el sofá. Es estrecho y a veces sueño con vivir en una mansión con un armario más grande que todo este apartamento, pero aun así es mi hogar, así que no me quejo. Además, papá está haciendo todo lo que puede.

Se me corta la respiración cuando miro por la mirilla y veo al Sr. Connolly de pie allí con un traje.

—¿Quién es? —susurra mi padre.

Si le dijera, me prohibiría abrir la puerta, así que simplemente la abro.

La magnífica visión de Cormac Connolly en un traje ajustado, mirándome fijamente con los ojos más intensos que he visto jamás, me deja sin aliento. Me clava en el sitio, haciéndome

olvidar mis modales y no lo invito a entrar.

—Sr. Connolly —dice mi padre, poniéndose de pie detrás de mí.

El Sr. Connolly no aparta sus ojos ardientes de mí, ni siquiera cuando mi padre me aparta con un empujón para invitarlo a entrar.

—Pase —dice, luchando por abrir la puerta con sus brazos rotos—. Por favor, pase.

El Sr. Connolly finalmente aparta sus ojos de mí y mira a mi padre. Hace una mueca cuando ve los yesos en sus brazos antes de entrar.

—Ve a tu habitación y cierra la puerta —me susurra mi padre al oído mientras cierra la puerta principal.

Simplemente finjo no escucharlo. Algo me dice que el Sr. Connolly está aquí por mí de todos modos.

—Acabamos de cenar —dice mi padre nerviosamente, mientras lo guía hacia la mesa—. Pero tenemos algunas sobras si tiene hambre.

El Sr. Connolly se ve tan confiado y seguro de sí mismo al lado de mi torpe padre. Camina por el apartamento como si fuera suyo. *Tal vez sí sea suyo este lugar.*

Siento que mis mejillas se enrojecen cuando se sienta a la mesa y me observa mientras vuelvo a los platos en el fregadero.

—No estoy aquí por comida —dice con una voz profunda y áspera—. Estoy aquí por otra cosa.

Mi padre traga saliva con dificultad mientras se sienta en su silla.

—Voy a conseguirle el dinero —dice, empezando a inquietarse nerviosamente.

El señor Connolly lo ignora y dirige su atención hacia mí.

—Deja de lavar los platos —ordena. Su voz es tan firme y poderosa. Puedo ver cómo llegó a ser el jefe de una de las organizaciones criminales más grandes del estado. Estoy lista para seguir cada orden que me dé.

Dejo caer el vaso en el fregadero y me doy la vuelta lentamente.

—Nunca volverás a lavar un plato —dice mirándome a los ojos.

—Bree —dice mi padre rápidamente—. ¿Por qué no vas a revisar el restaurante de abajo?

Veo al señor Connolly pronunciar mi nombre en silencio y luego sus labios se curvan en la más leve de las sonrisas. Es un hombre duro con un rostro duro y un cuerpo duro, pero hay suavidad en él cuando se trata de mí.

Es guapo de una manera peligrosa, con cabello castaño ondulado perfectamente peinado hacia un lado y una mandíbula masculina con una nariz fuerte que parece haber sido rota algunas veces. Su cuerpo es grande y musculoso y se ve increíble en su traje ajustado que probablemente cuesta una fortuna.

—Bree —dice mi padre de nuevo, con más fuerza esta vez.

Pero no puedo apartar mis ojos del señor Connolly.

—Está bien —dice el señor Connolly, poniendo una mano sobre la mesa—. En realidad, vine

a ver a Bree.

Mi padre se recuesta en su silla, con los ojos muy abiertos. Eso era lo último que quería oír.

El señor Connolly me mira directamente.

—Te dejaré pagarme.

—¡No! —grita mi padre. Me mira en pánico mientras sacude la cabeza frenéticamente—. Bree, no puedes.

El señor Connolly simplemente lo ignora.

—Pero no quiero tu dinero. Te quiero a *ti*.

Acaricio mi garganta mientras escucho sus palabras, las palabras que pasé toda la tarde soñando que diría. Quería que volviera por mí. Quiero dejar este lugar donde siempre tengo que ser una adulta responsable y dejar que él me cuide. No quiero tener que robar ropa interior de la tienda ni esperar hasta que las latas caduquen en el supermercado antes de poder comprarlas con dinero que no tenemos.

Quiero que me aleje de todo esto y simplemente esté ahí para mí.

—No —grita mi padre—. No puedes tenerla.

Pero el señor Connolly no necesita el permiso de mi padre. Solo necesita mi permiso.

Y quiero dárselo.

—Señor Connolly —dice mi padre desesperadamente—. ¡Voy a conseguirle su dinero!

—No quiero dinero —responde, mirándome fijamente—. Tu deuda será olvidada si ella viene conmigo.

Mi padre solo sacude la cabeza, escuchando con incredulidad.

Yo, por otro lado, estoy escuchando con interés.

La idea me intriga. Este hombre poderoso ya tiene algún tipo de control sobre mí y quiero recorrer el camino peligroso por una vez para ver adónde me lleva. Quiero ver adónde puede llevarme.

Sé lo que está pidiendo. Ya no soy una niña.

Todavía soy virgen y nunca he tenido ni siquiera un beso. Mientras otros chicos de mi edad salían de fiesta y se enrollaban por la noche y los fines de semana, yo estaba ocupada trabajando en el restaurante, tratando de ayudar a mi padre a llegar a fin de mes.

Finalmente encuentro mi voz.

—¿Qué va a pasar si voy contigo?

—Vendrás a vivir conmigo —lo dice simplemente como si no estuviera poniendo mi mundo patas arriba—. Te cuidaré. Tendrás todo lo que desees y no te faltará nada. Nunca tendrás que trabajar un día en tu vida y tendrás sirvientes para satisfacer todas tus necesidades.

Sus ojos son tan suaves cuando me habla. Sé que está diciendo la verdad.

—Pero voy a ser honesto contigo, preciosa —dice, frotándose la barbilla mientras continúa —. Siempre debemos ser honestos el uno con el otro.

No sé por qué, pero asiento.

—Si vienes conmigo —dice, con la oscuridad de vuelta en sus ojos—, no hay vuelta atrás. No se te permitirá dejarme.

—De ninguna manera —dice mi padre, sacudiendo la cabeza—. ¡No voy a dejar que mi hija sea tu prisionera!

El señor Connolly se vuelve hacia él con dureza en su rostro.

—No será mi prisionera. Será mi *esposa*.

La palabra envía cálidos escalofríos a través de mí. Me gusta el sonido de esa palabra en sus labios.

Mi padre lo está mirando con incredulidad.

—Entiendo su preocupación —dice el señor Connolly a mi padre—. Pero quiero que sepa que nadie la amará como yo lo hago. Ella será mi mundo. Mi todo. Nadie la cuidará más ni la hará tan feliz como yo lo haré. No conocerá el significado del sufrimiento si viene conmigo. No conocerá el significado del dolor o la tristeza. Será la luz en mi mundo oscuro y la atesoraré para siempre.

Mi padre no parece tan seguro, pero yo sí. Quiero ir.

—Pero —dice mi padre, tartamudeando—. ¿No podrá irse? ¿Nunca?

El señor Connolly sacude la cabeza.

—Nunca. Será mi luz y querré mantener la luz en mi vida. No dejaré que la mejor parte de mi vida se vaya.

—¿Qué hay de mi padre? —pregunto nerviosamente—. Me necesita para ayudar a cuidarlo.

El señor Connolly levanta un dedo mientras saca su teléfono. Hace una llamada, pide hablar con un tal Michael y le dice que necesita una enfermera interna por un mes. Después de unos segundos y un par de asentimientos, el señor Connolly apaga su teléfono y lo desliza de vuelta a su bolsillo.

—Tu padre será atendido por una enfermera profesionalmente capacitada —dice—. Y en cuanto a las facturas... —Saca un sobre grueso y lo deja caer sobre la mesa. Billetes de cien dólares se desparraman y los ojos de mi padre se abren de par en par—. Diez mil dólares. Para ti. Por *ella*.

Mi padre lo mira por un segundo antes de cerrar los ojos y sacudir la cabeza.

—No. No. Eso no va a pasar.

El señor Connolly no parece feliz con esa respuesta, así que doy un paso adelante y le doy la mía.

—Iré.

Mi padre se vuelve hacia mí conmocionado.

—¡Bree!

—Está bien —digo suavemente mientras me acerco a él—. Está bien, papá. Quiero ir.

Y es verdad. Sí quiero ir.

Tomo su mano y la acaricio suavemente mientras me mira con tristeza en los ojos.

—Esto va a ser algo bueno para mí —digo, asintiendo con la cabeza.

Después de varios minutos de discusión, tengo mi bolsa hecha y estamos listos para irnos. Mi padre aún se muestra reacio, pero le doy un abrazo e intento tranquilizarlo asegurándole que estaré bien. Le digo que lo llamaré cuando llegue a mi nuevo hogar y que vendré a visitarlo la próxima semana.

Y luego me voy con el señor Connolly.

Mi nuevo dueño.

CUATRO

Cormac

Ya puedo sentirlo.

Estoy empezando a perder el control. Esta chica me está volviendo loco.

Mi verga está dura como una roca en mis pantalones mientras la observo, mirando por la ventana de la limusina de camino a su nuevo hogar. A *nuestro* nuevo hogar. No será lo mismo con ella allí. Será infinitamente mejor.

Se ve nerviosa y apenas ha dicho una palabra desde que subió a la limusina, pero no importa. Vino conmigo y eso es lo más importante. Todo lo demás se solucionará al final.

Bajo la ventanilla detrás del conductor y me inclino sobre el asiento.

—Date prisa.

Cuanto antes lleguemos al cuartel general, mejor. Quiero tenerla encerrada en un lugar de mi territorio donde pueda mantener mis ojos en su cuerpo lujurioso en todo momento. Quiero saber dónde está y qué está haciendo cada segundo del día.

Quiero tenerla en un lugar donde será mía y donde nadie podrá quitármela jamás.

Su dulce aroma está llenando el asiento trasero, mareándome, haciendo que mi verga duela. Esta noche me iré a la cama con mi polla dura plantada profundamente en su apretado coño joven, y por la mañana será mía para siempre.

No solo se cumplirá cada uno de sus deseos y anhelos, haciéndola querer quedarse, sino que mi semilla estará creciendo en su fértil vientre y estará unida a mí por el resto de nuestros días.

Se vuelve hacia mí con los ojos azules más hermosos en la historia de los ojos azules.

—Gracias —me susurra—. Amo a mi padre, pero ha sido muy difícil ser siempre el adulto responsable creciendo con él. Mi madre murió cuando tenía diez años y él esperaba que yo tomara su lugar. A menudo soñaba que alguien vendría y me alejaría de todo esto.

—No era un sueño —digo, observando sus dulces labios—. Era el destino. Solo estabas vislumbrando tu futuro. No habrá más dolor, ni más deseos. *Yo* voy a cuidar de ti ahora. Y cuido

lo que es *mío*.

Ella sonríe débilmente y vuelve a mirar por la ventana. La luz del sol poniente baña su hermoso rostro y hace que su cabello rojo parezca vivo con fuego. Aprieto la mandíbula y golpeo con el puño la ventana detrás del conductor. No soy un hombre paciente y quiero estar de vuelta en casa con esta belleza desde ayer.

El conductor pisa el acelerador y en poco tiempo, estamos en nuestro nuevo hogar.

—Es tan grande —dice ella, mirando el alto edificio con asombro.

Me hincho de orgullo al ver la expresión de asombro en su rostro. Construí esta organización desde los cimientos hasta convertirla en la organización criminal más grande del estado.

—Y es todo tuyo —digo.

Ella sonríe.

—Es increíble, señor Connolly.

—Me llamarás Cormac —digo.

Ella asiente mientras me mira con ojos tímidos.

—Gracias, Cormac.

El sonido de mi nombre cruzando esos dulces labios es suficiente para hacerme querer lanzarme sobre ella y arrancarle cada pedazo de ropa.

Contrólate.

No puedo dejar que la gente de mi organización vea lo obsesionado que estoy con ella. Podrían llevársela y usarla en mi contra y eso no puede suceder. Por muy leales que sean la mayoría de ellos conmigo, siempre hay algunos miembros ambiciosos que no desearían nada más que reemplazarme como líder.

Tengo que mantener la compostura para mantenerla a salvo. Por mucho que quiera arrancarle la ropa y plantar mi verga dura en ese dulce coño joven, tengo que esperar hasta que estemos en mi habitación.

Entonces no habrá nada que me impida tomar lo que es mío.

El conductor nos abre la puerta y mi florecita me mira.

—Vamos.

Ella hace lo que le digo y sale de la limusina conmigo siguiéndola de cerca. El conductor le sonríe mientras sale y tengo que contener la rabia que está tratando de explotar dentro de mí. No me gusta que otros hombres pongan sus ojos en ella. Solo *yo* puedo mirarla.

Normalmente, salgo con las mujeres más hermosas de la ciudad. Se cuelgan de mi brazo vistiendo vestidos ajustados y escotados con sus tetas de plástico sobresaliendo para que todos las vean. Son el tipo de mujeres que exigen ser miradas con sus cuerpos curvilíneos y su cabello arreglado, y que otros hombres las miraran lascivamente nunca me molestó antes.

Pero mi florecita es diferente.

Agarro su brazo y me apresuro a entrar donde puedo mantenerla cubierta y protegida. Es mía y soy protector con mis cosas. Solo yo puedo mirarla así.

El portero nos recibe y me hace un gesto con la cabeza mientras abre la puerta. Mantiene sus ojos en el suelo y lejos de mi chica. Es un tipo listo. Hago una nota mental para asegurarme de que reciba un ascenso.

El vestíbulo está lleno de gente y algunos intentan llamar mi atención, pero los ignoro, aferrándome al brazo de mi florecita mientras la llevo al ascensor.

—¡Señor Connolly! —grita alguien, agitando los brazos como un loco. *Mierda. Es el alcalde. ¿Qué coño quiere?*

Respiro hondo y me detengo. Puede que sea sobre el acuerdo del estadio. Por mucho que quiera llevar a Bree a mi habitación, el acuerdo del estadio es un trato multimillonario que he estado tratando de cerrar durante casi un año.

—Más vale que tengas buenas noticias para mí —gruño.

Él sonríe tensamente mientras se detiene frente a nosotros.

—Las tengo —dice con una sonrisa—. Hola —dice cuando ve a la chica a la que estoy aferrado—. Soy el alcalde Smith.

—Bree Walsh —dice ella, estrechándole la mano.

Cada músculo de mi cuerpo está tenso de ira mientras observo cómo toca su mano.

—Encantado de conocerla, señora Walsh —dice él.

Respiro cuando finalmente sueltan sus manos. Ella tiene que aprender las reglas de la casa. *Yo* soy el único que tiene permiso para tocarla. Cualquier otro perderá la mano si se acerca a ella.

—Llámela señora Connolly.

El alcalde asiente.

—Encantado de conocerla, señora Connolly.

Mi florecita está sonriendo mientras sus mejillas se tornan de un adorable tono rosado. Le gusta el nombre, lo cual es bueno porque lo tendrá para siempre.

El alcalde me asegura que el acuerdo del estadio está casi finalizado y cuando empieza a hablar de otra cosa, lo interrumpo.

—Tenemos cosas más importantes que atender —le espeto.

—Oh —dice él, echando la cabeza hacia atrás—. De acuerdo. —Toma la mano de mi chica otra vez, pero esta vez le besa el dorso—. Ha sido un placer conocerla, señora Conno...

No termina la frase. Lo estampo contra la pared, clavándole el antebrazo en la garganta con tanta fuerza que empieza a ponerse morado. —¿Acabas de besar a *mi* chica?

Sus ojos parecen a punto de salirse de sus órbitas y me reiría si no fuera tan condenadamente serio.

—Lo siento —balbucea con el último aliento que le queda.

Lo suelto y me arreglo la chaqueta, mirando alrededor a todas las caras boquiabiertas en el vestíbulo. —¿Qué? —grito, y todos se dispersan como ratones, bajando la mirada al suelo donde pertenece.

El alcalde se desploma en el suelo, jadeando por aire mientras Bree me toma del brazo. —

Ven a mostrarme mi nuevo hogar —dice, mirándome con los ojos más dulces. Ojos que me llevan de una rabia incontrolable a un estado de calma zen. ¿Cómo puedo estar enfadado cuando me mira así?

—De acuerdo —digo, alisándome el traje—. Vamos.

Caminamos por el pasillo y doblamos la esquina, deteniéndonos frente a los ascensores. —Espera aquí, preciosa —digo, colocando un mechón de su hermoso cabello rojo detrás de su oreja—. Olvidé mi tarjeta-llave en la recepción.

Ella asiente y yo vuelvo rápidamente por la esquina, mis ojos fijos en el alcalde.

—Mierda —maldice cuando me ve venir. Sus ojos buscan las salidas, pero soy demasiado rápido.

—Mano sobre la mesa.

—¿Qué? —pregunta con voz temblorosa.

—Me has oído. No lo pido dos veces.

Traga saliva mientras coloca su mano temblorosa sobre la mesa de mármol. Con un movimiento rápido, saco mi pistola y aplasto la empuñadura contra su mano, destrozando los huesos y asegurándome de que nunca vuelva a hacer esa mierda.

Cae al suelo, agarrándose la muñeca y gritando de dolor mientras guardo mi pistola en la funda como si no me importara. La gente está mirando, pero no me importa. Quiero que corra la voz para que la gente sepa lo que pasará si tocan a mi preciosa.

Ella está prohibida.

—¿Qué eran esos gritos? —pregunta cuando estamos en el ascensor subiendo al último piso.

—No he oído nada.

Acabo de destrozar la mano del alcalde por besar la suya. Debo tener cuidado o iré demasiado lejos. Pero ya sé que no hay un "demasiado lejos" cuando se trata de ella. No hay nada que no haría para protegerla. Nada que no haría para mantenerla mía.

—No tienes que actuar como un loco conmigo —dice, acercándose a mí. Entrelaza sus suaves dedos con los míos y apoya su cabeza en mi brazo—. Quiero estar aquí contigo. No me voy a ninguna parte.

Así es, no te vas.

Pero aun así, es agradable oírla decirlo.

—No me gusta que otros hombres te miren —digo. Normalmente no soy tan honesto con mis sentimientos, así que me sorprende—. No me gusta que te toquen.

—Soy tuya —dice, levantando mi mano. Besa el dorso con sus perfectos labios rosados y mi miembro se pone duro al instante, deseándola de la manera más intensa posible.

—Tengo estos sentimientos protectores hacia ti que empiezan a consumirme —digo, respirando el dulce aroma de su cabello—. Pero es por tu propio bien.

Este mundo está lleno de animales hambrientos, animales como yo, y no dejaré que mi dulce gatita sea lastimada por ninguna de estas bestias errantes. Soy el depredador más temible aquí y

tengo que hacer que todos lo piensen dos veces antes de acercarse a mi gatita.

—Lo sé —dice, acurrucándose contra mí mientras la rodeo con un brazo—. Nunca me he sentido tan protegida y cuidada como contigo. Me siento invencible contigo cuidándome.

Me mira con sus dulces ojos azules y me inclino, tomando sus labios con un beso hambriento. Ella gime mientras hundo mi lengua profundamente en su boca, explorando cada deliciosa pulgada antes de soltarla.

Mi miembro está dolorosamente duro cuando la puerta suena antes de abrirse. Los tres pisos superiores del edificio son mi residencia privada. *Nuestra* residencia privada.

Su boca se abre mientras mira alrededor con asombro. Yo solo la miro a ella.

Se mueve de habitación en habitación, preguntándome constantemente: —¿Esto también es nuestro?

Sonrío. Aún no ha visto lo mejor. He estado pensando en ella constantemente desde que vino a mi oficina hoy temprano. En el momento en que se fue, contraté a seis compradores personales para llenar su nuevo armario con los vestidos más finos, zapatos, joyas y más accesorios de los que podría usar en su vida. Quiero verla con todo eso puesto. Quiero verla sin nada puesto aún más.

Chilla de alegría cuando abre las puertas dobles del armario y ve lo que le espera dentro. Corre por el enorme armario, sacando vestidos y zapatos y maravillándose con cada artículo que compré para ella.

No necesitaba saber su respuesta antes de comprar todas estas cosas. Ella habría venido conmigo hubiera dicho que sí o que no.

—No puedo creer que todo esto sea mío —dice, mirándome con asombro.

Y yo no puedo creer que seas mía. ¿Cómo he tenido tanta suerte?

—Aquí tendrás todo lo que quieras.

—¿Aquí? —pregunta, inclinando la cabeza mientras me observa—. ¿Se me permite salir para visitar a mi padre o a mis amigos del restaurante?

Mi pecho se tensa. Es la pregunta que me preocupaba. Preferiría mantenerla encerrada aquí donde sé que estará a salvo, pero más que nada, quiero hacerla feliz. Y mantenerla encerrada como una prisionera no la hará feliz.

—Se te permitirá salir —digo—. Bajo mi supervisión. Si no estoy libre para ir contigo, serás escoltada por una de mis trabajadoras. Una mujer armada para que pueda asegurarme de tu protección. Puede que no te gusten algunas de mis decisiones, pero por favor, sabe que siempre es para mantenerte a salvo, preciosa.

Ella asiente. —Lo entiendo. Gracias. Por todo.

—Ahora eres mía —digo, acercándome a ella—. No hay salidas sin mi permiso. Tu lugar está a mi lado.

—Justo donde quiero estar —susurra.

Se ve tan joven e inocente que no puedo evitar lanzarme hacia adelante. La levanto y la

empujo contra la fila de ropa mientras aplasto mis labios contra los suyos y reclamo su boca una vez más. Ella gime mientras frota su entrepierna cubierta por los vaqueros contra mi miembro duro, devolviéndome el beso con tanta pasión como yo la beso a ella.

Nunca he sentido labios tan llenos y suaves como estos y quiero que este beso dure para siempre.

Cuando finalmente me aparto, sus dientes están tirando de mi labio inferior, no queriendo que me vaya.

—Hay más —digo, llevándola al otro lado del armario hasta un antiguo aparador que aún no ha abierto. La bajo y dejo que abra las puertas.

Su cuerpo se tensa cuando ve filas y filas de lencería de todas las formas y colores. Se vuelve hacia mí con una tímida expresión asustada en su rostro que no coincide con el entusiasmo de su beso de hace solo unos momentos.

—Nunca he...

Aparta la mirada con las mejillas escarlata.

Tomo su barbilla con mi dedo índice y pulgar y guío sus ojos de vuelta a los míos. —Dilo —exijo.

Traga saliva con dificultad antes de mirarme a los ojos. —Soy virgen. Ese fue mi primer beso.

El orgullo me invade al ser su primero. Ella esperó. Es una buena chica.

Miro detrás de ella y saco una pieza de lencería amarilla de encaje y se la entrego. —Te pondrás esto para mí esta noche.

Ella asiente.

—Y luego, tomaré esa cereza que has estado guardando para mí.

Parece nerviosa, pero no hay nada de qué estar nerviosa. Me aseguraré de que sea la mejor noche de su vida.

—Ánimo, preciosa. Esta noche lo haré oficial. Esta noche te haré *mía*.

CINCO

Florecita

—Señora Connolly —digo al reflejo en el espejo. Me encanta cómo suena.

Cormac ha sido como un sueño hecho realidad para mí. En cualquier otra noche, estaría trabajando en el restaurante sin paga, probablemente siendo regañada por clientes que no iban a dejarme propina sin importar el tipo de servicio que les diera. En cambio, estoy en mi propio vestidor personal que es más grande que el apartamento de una habitación en el que me desperté esta mañana.

Tomo un vestido de noche plateado del perchero y lo sostengo contra mi cuerpo. Brilla como las estrellas en el cielo. Es hermoso. Solo espero que mi cuerpo pueda hacerle justicia.

Pero más que nada, espero que a Cormac le guste cómo me queda.

Hay tanta ropa impresionante a mi alrededor. Saco un vestido de cóctel blanco y miro la etiqueta del precio. Mi mandíbula cae al suelo cuando veo un cinco seguido de tres ceros. Nunca he visto cinco mil dólares en toda mi vida y Cormac gasta eso en un vestido del que ni siquiera está seguro que me vaya a quedar.

Miro más etiquetas y mi corazón comienza a acelerarse cuando veo los precios. Un abrigo de cuero de seis mil dólares. Un par de zapatos de dos mil dólares. Un bolso de doce mil dólares.

Es como si hubiera robado a las Kardashian o algo así.

Me ha mimado por completo y estoy tan agradecida con él. Por todo.

Todavía estoy triste por dejar a mi padre, pero esa vida me estaba sofocando. El apartamento estrecho sin espacio. Sin dinero para ropa, útiles escolares o incluso comida. Tener que trabajar cada hora de cada día. Todo me estaba desgastando.

Pero esa vida se acabó. La deuda de mi padre está perdonada. Por fin tiene algo de dinero para comprar comida, tal vez incluso conseguir una novia, y aunque lo extrañaré, aún puedo ir a visitarlo cuando quiera.

Cormac me hace sentir querida y necesitada. Es un poco exagerado cuando se trata de mí,

pero estaría mintiendo si dijera que no me gusta la atención. Me excita cuando se altera tanto cada vez que alguien me toca o me mira. Me quiere toda para él, pero no tiene que preocuparse. Soy toda suya.

Nunca me había sentido tan cuidada antes. Nunca me había sentido tan segura.

Crecí en un vecindario difícil y siempre estaba cuidándome las espaldas. Ahora no tengo que hacerlo. Cormac las cuida por mí.

Por fin puedo sentarme, respirar y relajarme. Es jodidamente increíble.

Un golpe en la puerta del vestidor me sobresalta.

El pomo gira lentamente y Cormac entra oliendo a puros y whisky. Se ve sexy como el infierno en su traje ajustado y no puedo esperar a que se lo quite para poder explorar su cuerpo duro debajo.

—Pruébate este —dice, sacando un largo vestido rojo del perchero. Mi cuerpo se queda quieto mientras camina detrás de mí y sostiene el vestido contra mi cuerpo—. Combina con tu impresionante cabello.

Lo miro a través del espejo mientras sostiene el vestido con una mano y aparta mi cabello a un lado con la otra. Se inclina y besa la piel desnuda de mi cuello, enviando escalofríos por mi espalda.

—¿Te gusta mi cabello? —pregunto, buscando un cumplido.

—Me encanta tu cabello —dice, tomando un puñado y oliéndolo—. Se ve hermoso y huele delicioso. Fue lo primero que me llamó la atención.

Siempre lo he odiado. Siempre deseé ser rubia o morena como las otras chicas. Hasta ahora.

Es lo que trajo a Cormac hacia mí y siempre estaré agradecida por ello a partir de ahora.

Después de otro beso en mi cuello, alcanza y toma la lencería amarilla que eligió para mí. —Es hora —dice, colocándola en mis manos.

Mi corazón empieza a latir con fuerza mientras mariposas emocionadas revolotean en mi estómago. Estoy nerviosa, pero es un buen tipo de nervios.

Me guardé durante años para este momento y voy a disfrutar cada segundo.

—Te esperaré en la habitación —dice, besando la parte superior de mi cabeza—. Pero date prisa. No soy un hombre al que le guste esperar mucho, especialmente cuando se trata de ti.

Trago saliva mientras su mano se desliza sobre mi pecho, haciendo que mis pezones se pongan dolorosamente duros. Con una última mirada hambrienta, sale del vestidor cerrando la puerta detrás de él.

Tomo la lencería de encaje que tiene más agujeros que una puerta mosquitera y empiezo a ponerme nerviosa. Nunca he hecho nada de esto antes y Cormac se ve tan seguro y listo.

Pero eso es bueno, me digo a mí misma. Él va a cuidar de mí.

No hará nada para lastimarme. Lo sé.

Sonrío ante el color amarillo. Justo como una ranúnculo. Justo como yo.

Me encanta el apodo que me ha dado. florecita. Un nombre secreto solo entre nosotros.

Respiro profundamente, me quito la ropa y luego me pongo la lencería.

—Espero que le guste —Sonrío cuando encuentro mis ojos en el reflejo del espejo—. Por supuesto que le gustará. Soy su florecita.

SEIS

Cormac

Mis dedos se hunden en el reposabrazos de mi silla mientras la espero. La tensión aumenta dentro de mí con cada segundo interminable que pasa sin tenerla en mis brazos.

Mi respiración se vuelve más pesada mientras deseo que el tiempo avance más rápido y que esa maldita puerta del armario se abra.

Estoy a punto de levantarme para apresurar las cosas cuando el pomo gira y la puerta del armario se abre lentamente.

Mi corazón duele cuando mi florecita sale vestida solo con la lencería amarilla que elegí para ella.

Se ve perfecta.

Joven, suave, flexible, inocente. Simplemente, jodidamente *perfecta*.

Sus manos están entrelazadas frente a ella mientras mira hacia el suelo de madera, respirando rápida y nerviosamente. No tiene por qué estar nerviosa. No debería ser tímida. Es la cosa más hermosa que he visto en mi vida.

Es un ángel creado solo para mí.

—Mírame.

Sus ojos se encuentran con los míos, tal como lo ordené. Su cabello rojo cubre gran parte de su rostro y la ordenaría que se lo apartara, pero se ve tan jodidamente sexy.

Mi polla palpita mientras recorro su cuerpo con la mirada, respirando pesadamente mientras admiro sus pequeños y firmes senos ocultos por la cruel lencería amarilla.

Tengo que luchar con mi cuerpo para permanecer en la silla. Todo lo que quiere es cruzar la habitación a toda prisa para borrar la distancia entre nosotros, pero quiero tomarme esto con calma.

Bree no es el tipo de chica de una sola noche y esto no es solo sexo casual sin sentido. Esta es su primera vez y tengo que tomarlo con calma. Tenemos que disfrutar cada momento.

Ella se ha guardado para mí y debo mostrar moderación y disciplina para darle la noche de su vida. Necesita darse cuenta de que valió la pena esperarme.

Necesita darse cuenta de que nadie puede cuidarla como yo lo haré.

—Te ves deslumbrante —digo, la palabra se atora en mi garganta. No puedo concentrarme con mis ojos en su cuerpo inocente.

Mi mirada continúa por su estómago cubierto de encaje hasta su dulce y joven coño, que ya está oscurecido, marcando la lencería amarilla con su humedad.

Su coño ya está goteando, empapado por la anticipación de lo que está por venir.

Mi dura polla salta dentro de mis pantalones, suplicándome que la libere. Quiero obedecerla. Quiero sacarla y enterrarla profundamente dentro de ella hasta que su cálida estrechez me rodee y plante mi semilla en su maduro vientre virgen.

—Date la vuelta. Despacio.

Ella respira hondo y gira lentamente, dándome una deliciosa vista de su joven y firme trasero. Un gruñido bajo escapa de mi garganta y ella sonríe al escucharlo. Parece feliz de complacerme y su cuerpo comienza a relajarse un poco.

—¿Ya estás mojada para mí, florecita?

Sus dulces labios permanecen cerrados, pero asiente con la cabeza, mirándome con ojos nerviosos pero ansiosos. Se abren aún más cuando caen a mi regazo y ve la enorme erección que tengo esperándola.

—¿Quieres ver mi polla?

Ella asiente mientras la mira fijamente.

—Ven a verla.

Esperaba que fuera hesitante y reservada, pero se apresura y cae de rodillas frente a mí.

—Es tan grande —dice, tragando saliva mientras la mira, presionando contra mis pantalones. Desliza su palma por mi eje y la sensación es tan intensa que arrojo la cabeza hacia atrás y gimo, casi llegando al clímax en el acto.

Ella sonríe y alcanza mi cinturón. Parece que mi intensa reacción le ha dado algo de confianza porque está arrancando mi cinturón frenéticamente para descubrir lo que hay debajo.

El delicioso olor de su cabello comienza a marearme y respiro hondo por la nariz, disfrutando de su aroma.

Gimo suavemente mientras observo su rostro determinado mientras sus pequeñas manos trabajan, desabrochando mis pantalones y tirando de ellos hacia abajo.

Levanto mi trasero para facilitárselo y ella los baja por mis muslos, resoplando cuando mi dura polla sale de mis calzoncillos.

—Eres tan grande —dice, maravillada ante mi polla. Su mano se cierne sobre ella como si tuviera miedo de tocarla.

Yo tengo miedo de que la toque. Si ahora estoy tan obsesionado y posesivo con ella, no puedo imaginar cómo estaré después de tener sus labios en mi polla o después de probar el dulce

néctar que se está acumulando entre sus piernas. Ella me tendrá completamente deshecho.

Ella me poseerá tanto como yo la poseo a ella.

Mis sentimientos por ella son tan fuertes. Tan inesperados.

Cuanto antes pueda plantar mi semilla en su cuerpo, mejor. Cuanto antes esté atada a mí con un hijo, mejor.

Pero no voy a apresurarme. Quiero sentir sus dulces labios rosados presionándose contra mi eje. Quiero sentir su sedosa lengua cubriendo cada centímetro de mi polla. Lo quiero todo.

Aguanto la respiración y jadeo cuando ella desliza sus delicadas yemas de los dedos por mi eje, haciendo que mis terminaciones nerviosas exploten de placer.

—Agárrala —le ordeno mientras tomo su suave cabello rojo y lo aparto detrás de su cabeza.

Una sonrisa se forma en sus dulces labios mientras agarra mi polla y la aprieta. —Eres tan duro —dice, mirándola asombrada.

—Tú me haces estar duro —digo. Mi voz sale en gruñidos profundos. —Mi polla ha estado palpitando desde que entraste en mi oficina esta tarde. Todo en lo que podía pensar hoy era en tener tus pequeñas manos alrededor de mí, así.

Ella comienza a acariciarme de arriba abajo lentamente, casi matándome. Me contengo para no dejarme llevar demasiado. No quiero venirme tan pronto, especialmente con ese pequeño y estrecho coñito esperándome, húmedo e intacto.

El líquido preseminal gotea de mi punta y sus ojos se abren de par en par al verlo. Una expresión de orgullo cruza su rostro cuando se da cuenta de que me está complaciendo. Si supiera cuánto realmente me está complaciendo en este momento, estaría emocionada.

Ella pasa su pulgar sobre él y esparce mi humedad por la cabeza de mi polla mientras se lame los labios. Puedo notar que quiere hacer más, pero no está segura.

Sigo olvidando que es joven e inexperta. Apenas es legal y es mi trabajo guiarla sobre qué hacer.

Le sostengo suavemente la barbilla y paso mi pulgar sobre sus labios, que son tan suaves como una nube. —Abre esos dulces labios tuyos. Bien. Ahora envuélvelos alrededor de mi polla.

Ella baja la cabeza y mi pecho se contrae al sentir que me toma en su boca. Ella gime mientras lame el líquido de mi polla y el sonido hace que mi cuerpo se estremezca.

Mi florecita empuja más hacia abajo, tomándome profundamente en su boca y las sensaciones que recorren mi cuerpo son puro cielo. La visión de su pelo rojo subiendo y bajando sobre mi polla es suficiente para casi hacerme estallar.

Me esfuerzo al máximo para no explotar en su garganta. Sus pequeños dedos envueltos alrededor de la base de mi polla están exactamente donde debían estar. Mi duro miembro deslizándose dentro y fuera de sus labios húmedos está exactamente donde debía estar.

Podría morir feliz en este momento, con mi florecita de rodillas frente a mí y mi gran polla siendo mimada por su pequeña y codiciosa boca.

—¿Te gusta tener mi gran polla en tu boca, florecita? —pregunto mientras enredo mis dedos

en su cabello, tirando de él hacia atrás para poder ver sus dulces labios sobre mí.

Ella deja escapar un largo y bajo gemido, lo que me dice que le encanta tener mi gran polla en su boca.

—Bien —digo, jadeando mientras me toma por completo hasta que sus labios hambrientos se envuelven alrededor de la base de mi polla—. Porque vas a tener mi gran y dura polla entre esos dulces labios todos los días.

Ella gime más fuerte mientras acelera el ritmo, chupándome tan fuerte que sus mejillas se hunden. Sonrío mientras veo sus adorables pecas subiendo y bajando mientras cubre mi polla con su saliva.

—Ese no es el único lugar donde mi polla va a ir a diario —digo, alcanzando entre sus piernas. Todo su cuerpo tiembla y se estremece mientras paso dos dedos sobre la lencería húmeda que cubre su ardiente coño.

—Voy a follarte todos los días a partir de ahora —digo, provocándola mientras froto su hinchado coño. Sus piernas empiezan a temblar y ella se ha olvidado de la polla en sus manos mientras hago que sus terminaciones nerviosas estallen de placer.

—¿Te gusta eso? —pregunto, flexionando mi brazo mientras quito el encaje de su goteante y húmedo coño.

Ella no responde. No asiente.

Sus ojos están apretados mientras contiene la respiración, esperando que mis dedos la penetren.

Todo su cuerpo se derrite cuando deslizo un dedo dentro de ella. Ella libera su respiración con un gemido mientras empujo mi dedo, deteniéndome en su apretado botón. No voy a perforarlo con mi dedo. Ella ha esperado mi polla y va a obtener mi polla.

—Joder, estás apretada —gruño mientras imagino cómo se sentirá este coño virgen al apretar mi miembro.

Sus ojos comienzan a nublarse de lujuria mientras me mira. —Está apretado porque te esperé a ti —dice mientras arrastro mis dedos por sus húmedos pliegues. Ella jadea cuando mis yemas de dedos encuentran su palpitante clítoris.

—Buena chica —digo, mirando a sus hambrientos ojos azules—. Eso es una buena florecita. Este es mi coño.

Ella asiente con la cabeza.

—Soy el único que puede tocarlo. Siempre.

Ella sigue asintiendo, aceptando cada demanda extrema que le hago.

—No quiero que nadie más lo toque, solo tú.

—Bien —respondo. Mis labios se ciernen sobre los suyos. Su cálido aliento hace cosquillas en mi boca con cada palabra que pronuncia—. Porque mataré a cualquier hombre que lo haga.

Su respiración se acelera. —Lo sé —gime contra mis labios—. Es tan excitante.

Suelto su coño y agarro la nuca, sosteniendo su cabeza en su lugar mientras mis labios se

abalanzan sobre los suyos.

Le tomo la boca, fuerte y bruscamente, hasta que ella gime y me da todo lo que le exijo. Me trago cada gemido que emite, robándole cada parte de sí misma que puedo para quedármela.

Ella respira con dificultad cuando la suelto, mirándome con los ojos vidriosos y los labios húmedos y entreabiertos. Su pelo rojo es un desastre salvaje y se ve tan sexy que apenas puedo soportarlo.

Su mano cae entre sus piernas, pero en lugar de cubrir su coño de nuevo, comienza a jugar con él mientras me mira, esperando que le diga qué hacer a continuación.

—Levántate, florecita —digo, acariciando mi polla mientras la veo ponerse de pie. Mis ojos caen sobre su hendidura y dejo escapar un gemido al ver sus perfectos labios rosados, goteando con un jugo pegajoso.

—Desnúdate para mí.

Ella traga saliva pero hace lo que le digo, alcanzando detrás de sí y quitándose lentamente la lencería de su suave cuerpo.

Sus tetas son incluso mejores de lo que imaginaba. Pequeñas pero perfectas. Hermosos montículos de carne con pequeños y duros pezones rosados.

Quiero envolver mis labios alrededor de ellos, pero quiero verla desnuda aún más. Mi corazón late con fuerza mientras ella se quita el resto de la lencería y sale de ella, mostrándome todo.

—¿Te gusta lo que ves? —pregunta. Su voz es pequeña y tímida, pero no debería serlo. Con un cuerpo así, debería estar llena de confianza.

—Eres perfecta —digo, acariciando mi miembro más rápido y fuerte mientras la contemplo. Quiero agarrar una lupa y observarla bajo ella. Quiero ver cada centímetro de ella, cada célula de su cuerpo.

—Eres la cosa más hermosa que ha existido jamás —digo mientras mis ojos recorren su vientre plano hasta su pelvis dura—. Estoy seguro de eso.

—Sabemos que te ves bien —digo, inclinándome hacia adelante. El olor de su humedad me hace luchar por mantener la cordura—. Ahora veamos cómo sabes.

Su cuerpo se tensa de nuevo mientras agarro sus suaves nalgas con firmeza y la acerco a mí. Ella deja escapar un pequeño 'oh' cuando entierro mi rostro entre sus piernas, lamiendo su hendidura con un largo y lento movimiento de mi lengua.

—Joder —jadea, su cuerpo suave perdiendo toda su tensión mientras se derrite en mi boca.

Está tan mojada para mí. Sus jugos corren por mi barbilla mientras la devoro, deslizando mi lengua entre sus pliegues y alrededor de su húmeda entrada. Su pegajosa humedad me vuelve loco y apenas puedo contenerme mientras la bebo.

Su coño está ardiendo en mis labios. Mi polla palpita de necesidad.

Ella nunca se irá de este lugar. No puedo arriesgarme a perderla.

Hago girar mi lengua alrededor de su entrada antes de llevarla hacia atrás para rozar su

clítoris. Ella hunde sus uñas en mis hombros, así que lo hago de nuevo. Y otra vez.

Sus gemidos salen más fuertes y rápidos mientras su cuerpo se sacude y tiembla en mis brazos. Tengo un brazo envuelto alrededor de su cintura y la sostengo mientras entierro mi lengua en su virginal coño.

—Oh, Cormac —gime mientras se corre en mi boca, cubriendo mi lengua y labios con sus dulces jugos.

Estoy en el puto cielo. Amo a esta chica con cada aliento que tomo. Mi corazón late por ella y solo por ella.

Su cuerpo colapsa en mis brazos y le doy un suave beso en la frente mientras su primer orgasmo la consume por completo. Su rostro se retuerce en una agonía placentera mientras la llevo sobre mi regazo y acuno su tembloroso cuerpo contra mi pecho.

—Eso fue... —No puede terminar su pensamiento.

Lo intenta de nuevo, pero las palabras se atascan en su garganta. —Eso fue...

—¿Divertido? —pregunto, sonriendo mientras sostengo su cuerpo desnudo contra el mío.

—Jodidamente increíble —dice con una risa sin aliento.

La envuelvo con mis brazos con fuerza y la levanto. Sus ojos nublados me miran y le doy un largo y suave beso en los labios. —Ni siquiera hemos llegado a la mejor parte.

—¿Esa no fue la mejor parte? —pregunta, mirándome con incredulidad en sus ojos.

Solo niego con la cabeza mientras camino hacia la cama, sosteniendo a mi florecita contra mi corazón palpitante como si nunca fuera a soltarla.

—Eso fue solo una muestra —digo mientras la acuesto sobre el suave edredón de mi enorme cama. Se aferra a mí mientras la suelto y sonrío mientras le aparto los dedos de mi traje.

—Guardaste ese dulce coño para mí —digo, alejándome de ella. Gimo al ver su cuerpo desnudo retorciéndose en la cama. Su hermoso cabello rojo está esparcido sobre el edredón blanco, suplicando que hunda mi nariz en él para obtener un aroma divino de ese delicioso perfume.

—Ahora es mi coño —digo, mirándolo fijamente mientras me quito la corbata. —¿No es así?

—Sí —responde inmediatamente. Sabe a quién pertenece realmente ese apretado coño.

—Voy a follarte ahora —digo mientras me quito la chaqueta y la dejo caer sobre la silla, sin apartar la vista de sus piernas abiertas.

Su coño es hermoso. Delicadas flores rosadas que brillan bajo la suave luz de la lámpara con un mechón de suave cabello rojo que se enrosca como llamas guiando el camino.

Tiemblo de anticipación mientras me desabrocho la camisa, sonriendo al ver cómo se retuerce en la cama, impacientándose cada vez más mientras mira mi polla expuesta.

—Voy a deslizar mi dura polla dentro de ese dulce y pequeño coño tuyo y reventar esa cereza que guardaste para mí —digo, sonriendo mientras ella jadea con cada palabra sucia que sale de mi boca. —Te follaré suavemente al principio. Luego cada vez más fuerte hasta que estés gritando mi nombre.

—Hazlo —suplica.

—Luego hundiré profundamente mi polla en mi nuevo y apretado, húmedo y virginal coño y te cubriré con mi semen.

Se mete un dedo en la boca y lo chupa mientras mueve las caderas en la cama, esperando ansiosamente a que me desnude.

Voy lento a propósito, alargando la anticipación hasta que esté rogándolo.

Primero hay algo que tengo que saber. —¿Estás tomando la píldora?

Niega con la cabeza.

—Buena chica, florecita —digo, sonriendo. No hay nada que pueda detenerme de poner un bebé en ella ahora. Voy a embarazarla con mi hijo y entonces estará ligada a mí por el resto de nuestros días. Cuanto antes suceda, antes podré respirar de nuevo.

Me quito los pantalones y la ropa interior, arranco mis calcetines y avanzo, completamente desnudo. Abre las piernas para mí mientras me acerco a la cama, pero me detengo, acariciando mi polla mientras la miro.

—No voy a parar hasta que ponga un bebé en tu vientre. Este es mi coño ahora —digo, acunando su sexo y haciéndola jadear. —Haré lo que quiera con mi coño y lo que quiero es llenarlo con mi semilla.

Asiente con la cabeza rápidamente.

—Dilo.

Abre la boca para hablar, pero solo sale un gemido bajo. No puede concentrarse con mi mano entre sus piernas. Bueno, tendrá que aprender a hacerlo porque mi mano siempre estará aquí cuando esté a mi lado. Ahora es mía y puedo tocarla cuando lo desee.

Se ve tan joven. Algunas personas pueden pensar que es demasiado joven para quedar embarazada, pero no me importa una mierda lo que piensen los demás. La haré feliz, pasando cada día de mi vida asegurándome de que tenga una sonrisa en su rostro. Un bebé nos traerá alegría. Estaremos unidos para siempre a través de nuestro hijo y eso es lo más hermoso del mundo.

Aún así, necesito saber que ella quiere lo mismo.

—Dilo —exijo. Pongo más fuerza en mi voz y su cuerpo responde, sus ojos se clavan en los míos.

—Es tuyo —dice, sus ojos suplicándome. —Mi coño es tuyo. Solo tómalo. Córrete dentro de mí. Pon tu bebé en mí.

Eso es todo lo que necesito escuchar. Sonrío mientras avanzo y agarro sus piernas, tirando de ella hacia mí.

Ella deja escapar un pequeño gemido cuando agarro mi polla y la golpeo contra su húmedo coño.

—Sí —gime. —Joder, sí.

Está tan mojada que no tengo que ir despacio. Guío la cabeza de mi polla hacia su entrada,

separando sus pliegues húmedos mientras me deslizo dentro de ella. Arquea la espalda y grita en voz alta mientras avanzo, flexionando mi cuerpo mientras su ardiente estrechez aprieta mi polla como una maldita boa constrictora.

Las paredes de su coño aprietan mi polla con un ajuste ceñido mientras llego a su dulce cereza que guardó para mí. Aprieto sus muslos para distraerla mientras empujo a través de su himen, reventándolo y reclamándola para siempre.

Gime de dolor, pero rápidamente lo olvida mientras continúo deslizando mi polla profundamente. Es un ajuste tan ceñido en su cálido coño que pronto estoy completamente dentro de ella, presionando la base de mi polla contra sus suaves labios.

Su rostro se retuerce mientras deja escapar pequeños gemidos. Estoy bien dotado y ella es tan estrecha. Debe estar doliéndole.

Me inclino sobre ella, hundiendo mis manos en su cabello desordenado mientras mis labios caen sobre sus pechos. Ella gime y se retuerce bajo mí, arqueando la espalda mientras beso cada centímetro disponible de sus senos. Deslizo sus perfectos pezones rosados dentro y fuera de mi boca, jugueteando amorosamente con mi lengua y haciéndolos aún más duros.

Su cuerpo comienza a relajarse y su coño suelta un poco la tensión que tenía sobre mi polla, así que continúo dándole empujones lentos y suaves hasta que está completamente relajada y sus gemidos se convierten en suspiros.

—Tu coño está tan apretado —gruño en su oído—. Voy a estar aquí todas las noches a partir de ahora, cuidando de mi coño. Es mío ahora y puedo meter mi gran polla dentro cuando quiera. ¿Lo entiendes?

—Sí —gime. Agarra mis brazos flexionados y se aferra a ellos mientras la follo—. Te quiero dentro de mí todo el tiempo. Se siente tan jodidamente bien. Nunca quiero que te vayas.

Empujo dentro y fuera, aumentando el ritmo mientras su coño resbaladizo cubre mi polla con sus jugos.

—Te vas a quedar dormida con mi polla dentro de ti así —digo mientras agarro su pecho y lo aprieto—. Te despertarás con mi polla deslizándose dentro y fuera de tu cálida estrechez. No podrás comer sin que esté detrás de ti, empujando dentro y fuera. Te voy a follar cada segundo de cada día.

Ella se muerde el labio inferior, disfrutando lo que escucha. Envuelve sus piernas alrededor de mi cuerpo, enganchando sus tobillos para que nunca pueda escapar. Como si alguna vez quisiera hacerlo.

—Nunca me dejes —suplica—. Nunca dejes de follarme.

Sonrío mientras la veo agarrar un puñado de sábanas mientras me hundo profundamente en ella. —Un solo sabor de mi polla y ya estás adicta. Ya estás pidiendo más.

—No pares —gime, acercándome más—. Fóllame más fuerte. Puedo aguantarlo.

Le doy un empujón fuerte y profundo, y ella grita en voz alta. Es hora de ver lo que realmente puede aguantar.

Acelero el ritmo, golpeando repetidamente mi polla contra su coño con una fuerza que hace que la cama se desplace por la habitación.

—¿Estás lista para mi semen?

—¡Sí! —grita. Su cuerpo comienza a temblar como si también estuviera cerca. Sus gritos son más fuertes y desesperados. Está al borde y solo unos cuantos empujones más la harán volar conmigo.

—Suplícamelo.

—Por favor, vente dentro de mí —suplica, con el rostro contraído por la agonía—. ¡Quiero sentirlo tanto!

—Ven conmigo. —Mi respiración es tan entrecortada. No puedo pensar con claridad. Estoy tan cerca.

Pero no voy a venirme sin ella. —Vente en mi polla —digo, y ella grita mi nombre.

—¡Me voy a venir! ¡Me voy a venir! —Su voz es frenética. Habla tan rápido que sus palabras se mezclan.

Aprieto los dientes mientras todo mi cuerpo se tensa. —Joder —gruño mientras me hundo en ella una última vez con toda la fuerza que puedo. Me quedo allí mientras su calor me envuelve y disparo chorros calientes de semen profundamente dentro de su coño y su vientre esperando.

Ella se viene al mismo tiempo que yo, gritando mientras su orgasmo la atraviesa, haciendo temblar sus extremidades y sacudiéndola en la cama.

No sé cuánto tiempo me mantengo sobre ella, pero cuando caigo a la cama, ambos jadeamos por aire y nos aferramos el uno al otro.

Enrollo mis brazos alrededor de su cuerpo mientras ella se acurruca en mí, y se siente tan jodidamente bien que creo que mi corazón se va a romper. Ella es demasiado buena para mí.

Los tipos como yo no merecen chicas dulces como esta.

Pero, de alguna manera, el universo me la ha traído y voy a corresponder tratándola de la mejor manera posible.

Ella frota su nariz contra mi pecho mientras la sostengo cerca, descansando mi mejilla sobre la parte superior de su cabeza. Esto no solo fue sobre sexo.

Nos conectamos en otro nivel y todavía estoy tratando de asimilarlo. Mi semilla está ahora en su vientre fértil, creando un niño que nos unirá para siempre.

La sostengo cerca y sonrío mientras se queda dormida.

Ahora, ella es verdaderamente mía.

SIETE

Florecita

Es increíble cuánto puede cambiar una vida en una semana.

Esta mañana voy a hacer un recorrido por la Universidad de Boston. Hace dos semanas, la universidad estaba fuera de discusión. Siempre he sido buena en los estudios, obteniendo buenas calificaciones, pero apenas teníamos dinero para comer, mucho menos para una educación universitaria. Así que nunca pensé que fuera una opción. Pero ahora lo es.

Y todo gracias a Cormac.

Ha sido un auténtico sueño. Los últimos siete días han sido pura magia con él. Me ha abierto los ojos a todo tipo de posibilidades y me ha abierto las piernas en cada oportunidad que tiene.

Las noches son las mejores. Me encanta tenerlo dentro de mí y sentir su calor recubriendo mi interior. Me encanta derrumbarme en sus brazos después de una sudorosa sesión de amor y quedarme dormida con mi mejilla sobre su pecho musculoso.

Ha sido tan bueno conmigo, dándome más de lo que nunca pensé posible.

Reviso mi reloj mientras me pregunto qué ponerme. Siempre me toma mucho tiempo con un armario de este tamaño y miles de opciones frente a mí.

Mierda.

Tengo que irme. Madge me está esperando abajo. Es mi guardaespaldas que me acompaña cuando no estoy al lado de Cormac.

Al principio era un poco extraño tener una chaperona siguiéndome a donde quiera que voy, pero me acostumbré rápidamente. Además, hace que Cormac respire un poco más tranquilo saber que ningún hombre me tocará con Madge a mi lado. Ella tiene órdenes estrictas de apuñalar a cualquier hombre que lo intente.

Solo quiero que él sea tan feliz como me hace a mí, así que no le doy mucha importancia. A veces pienso que está exagerando un poco, pero me gusta la atención, así que no me molesta. Me encanta cómo se vuelve tan protector y posesivo conmigo, como si no quisiera compartirme con

nadie.

Me hace sentir tan amada ver lo obsesionado que está conmigo, siempre preocupado por adónde voy y qué estoy haciendo.

Se siente bien ser poseída por un hombre.

Me he enamorado profundamente de él y, tanto como él quiere tenerme a su lado en todo momento, es ahí donde *yo* quiero estar también. Es donde pertenezco, en sus brazos, en su corazón.

Se escuchan pasos en el dormitorio mientras mi príncipe azul viene a despedirse de mí.

—¿Me vas a dejar de nuevo? —pregunta. Su voz tiene un toque de molestia. Su rostro se suaviza cuando me pongo de puntillas y le doy un beso en los labios.

—El recorrido por la universidad es hoy —digo, conteniendo un chillito de alegría. Todavía no puedo creer que en realidad pueda ir a la universidad. No lo creeré hasta que esté sentada en la primera fila el primer día de clases.

Me abraza fuerte mientras me mira con ojos oscuros y serios. —No quiero que hables con ningún chico de la universidad.

—No lo haré.

—Lo digo en serio.

—Lo sé.

Su cuerpo está tenso, su rostro rígido, pero se derrite en mí cuando doy un paso y lo abrazo.

—Prefiero que vayas a una universidad de mujeres —dice—. No me gusta que los chicos te miren.

Su voz es rica y profunda mientras me sostiene cerca, sus labios justo al lado de mi oreja. Su forma de hablar siempre es tan dominante y autoritaria. Es hipnótica en la forma en que hace que la gente le obedezca.

Me hace obedecerle también, pero es porque quiero. Soy suya y obedezco cada una de sus órdenes.

Sus manos errantes descienden por mi espalda y agarran mi trasero, haciendo que un gemido escape de mi garganta mientras aprieta mis mejillas con sus manos fuertes.

—Ponte un suéter —ordena con brusquedad mientras mira mi escote—. Estas hermosas tetas son mías y no quiero que nadie más las mire.

Respiro su aroma mientras sus hábiles manos comienzan a excitarme. Huele a poder.

—Son solo para ti —digo, arqueando la espalda para que presionen contra su pecho.

Deja escapar un gruñido cuando mis pezones se endurecen contra su pecho. —Muéstramelas.

Sonrío mientras salgo de su abrazo y me quito la camiseta. Su respiración se acelera cuando mira mi pecho, oculto por un sostén de encaje negro. Le gusta lo que ve.

—Fuera —dice, alcanzando para cerrar la puerta del armario—. Quítate todo.

Me sonrío mientras me desvisto rápidamente, bajo su mirada, con los brazos cruzados sobre su enorme pecho. Asiente con aprobación cuando me paro frente a él, completamente desnuda.

—Bien. Ahora acuéstate.

Hago lo que me ordena, tendiéndome en la alfombra del armario mientras él me observa con una oscuridad en sus ojos que amo tanto.

—Separa las piernas —su voz es más profunda ahora, el deseo y la necesidad en ella son claros para mí.

Gimo cuando abro las piernas para él, mostrándole mi coño húmedo. Siempre estoy mojada para él. Solo una mirada de sus ojos feroces o un toque firme de su mano son suficientes para excitarme.

Mi corazón comienza a latir con fuerza cuando él empieza a desabrocharse el cinturón, sin apartar la mirada de mis piernas abiertas.

—¿Vas a follarme? —puedo escuchar la desesperación en mi voz y me hace sonreír. ¿Quién hubiera pensado que la virgen de dieciocho años se convertiría en un monstruo obsesionado con el sexo después de probar polla por primera vez?

Pero no es cualquier polla lo que anhelo. Es la de Cormac.

—Date la vuelta —dice— y lo descubrirás.

Me pongo de manos y rodillas, empujando mi ansioso trasero en el aire hacia él. Jadeo cuando se arrodilla detrás de mí y desliza la cabeza de su dura polla por mi coño ardiente.

—Joder —gimo cuando se desliza dentro de mí. Se siente tan increíblemente bien.

¿Quién necesita universidad cuando puedo quedarme aquí todo el día y que Cormac me folle con su polla perfecta?

No se toma su tiempo conmigo. No me besa ni acaricia suavemente mis pechos. Me folla duro y brusco como un animal.

—Recuerda —dice, agarrando mi cintura tan fuerte que duele. Joder, me encanta—. Este coño es mío. Solo mío.

Asiento con la cabeza, disfrutando cada centímetro de su polla mientras entra y sale de mí. Puede tener lo que quiera, siempre y cuando siga haciendo esto.

—No quiero que ningún chico se te acerque.

Miro hacia un lado y veo su chaqueta en el suelo. Su pistola está al lado y la vista casi me hace correrme. Sé que mataría por mí. Haría cualquier cosa para mantenerme a salvo, para mantenerme *suyo*.

—Solo te quiero a ti —digo, mi voz se quiebra con el intenso placer.

—Lo sé. No confío en los demás chicos.

Jadeo cuando de repente se sale de mí.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto desesperadamente mientras giro la cabeza, mirándolo por encima del hombro.

Está masturbándose su larga polla, usando mis jugos como lubricación.

—Voy a marcar mi coño —dice, sus ojos oscuros clavándose en mí—. Para que cualquiera que se te acerque sepa que eres mía.

Sus brazos parecían tan musculosos mientras se masturbaba, y la imagen de él acariciando su enorme y hermoso pene fue suficiente para hacerme perder el control.

Con un gemido, disparó largos chorros de semen caliente sobre mi trasero y mi vagina palpitante, reclamándome y marcándome como suya. Fue tan primitivo y animalístico que hizo que yo también llegara al clímax junto a él.

Era la primera vez que no eyaculaba dentro de mí, y me encantó la sensación de su semen tibio y pegajoso cubriendo mi culo y mi coño.

—Vas a dejar eso encima de ti —dijo mientras me daba una palmada en el trasero—. Cada vez que otro hombre se te acerque, quiero que sientas mi semen sobre ti. Porque ese es *mi* coño y ahora lleva mi marca.

Se levantó y se vistió mientras yo yacía en el suelo, intentando recuperarme con respiraciones profundas, mientras las cálidas olas de mi orgasmo aún recorrían mi cuerpo.

—Disfruta la gira, florecita —dijo mientras caminaba hacia la puerta, dejándome cubierta de su semilla—. Ven a verme en cuanto llegues a casa.

Con un gesto de asentimiento, abrió la puerta y salió de la habitación.

Me di vuelta boca arriba, sin importarme ya que iba a llegar tarde. Miré al techo, disfrutando la sensación de su semen cálido y pegajoso sobre mí.

No lo limpiaré. Cada vez que lo sienta sobre mí, pensaré en él.

Y seré feliz.

EPÍLOGO

Cormac

Ocho años después...

Mi corazón late con fuerza en mi pecho cuando subo a la terraza de nuestro techo y veo a mi florecita leyendo un libro en su silla favorita. Después de ocho años juntos, mi corazón todavía se acelera cada vez que la veo.

Se ve adorable en su vestido amarillo de verano, con la frente arrugada de concentración mientras lee. Es un libro de texto. Ha vuelto a la universidad para terminar su carrera.

Bree había completado un año cuando nos casamos, pero los niños hicieron que esa idea se pospusiera poco después. Dos niños y una niña. Son el aire en mis pulmones, pero ella sigue siendo la luz de mi vida.

No pasa un día en que no le agradezca al universo por haberla enviado a mi camino. La amo con locura.

Sus ojos se dirigen a mí cuando cierro la puerta y su rostro se ilumina con una sonrisa. Seguimos enamorados y completamente obsesionados el uno con el otro, incluso después de todo lo que hemos vivido.

Deja el libro sobre la mesa y se alisa su cabello rojo mientras yo me acerco con mi mirada ardiente posada en ella.

—Pensé que tenías una reunión —dice.

—La tuve —respondo.

—¿Qué pasó? —pregunta, sonriéndome. Ella sabe lo que pasó. Es lo mismo que siempre pasa.

—La cancelé.

Su sonrisa todavía me deja sin aliento. —¿Y por qué harías eso?

Me arrodillo frente a ella y deslizo una mano por su suave pierna, mi miembro

endureciéndose mientras se desliza bajo su vestido hacia el dulce néctar que se esconde debajo.

—No podía dejar de pensar en ti. No hacía más que imaginarte aquí, sola, con los niños en la escuela, y la idea de existir un segundo más sin mi dura polla dentro de tu cálido y húmedo coño era simplemente insoportable.

Ella sonríe mientras abre las piernas para mí. —¿En serio?

—En serio —digo, gimiendo mientras mis manos recorren su pubis. Su ropa interior ya está húmeda, su coño empapado para mí. Se moja cada vez que me ve venir. Es como los perros de Pavlov, pero en versión para adultos.

Bree cierra los ojos y toma una respiración profunda mientras aparto su ropa interior a un lado y paso dos dedos por sus húmedos labios. —Mmmmm —gime mientras sus labios se curvan en una sonrisa—. Me alegro de que hayas cancelado tu reunión.

—Habría cancelado una reunión con el presidente por ti —digo mientras froto mi dedo sobre su clítoris, haciéndolo justo como a ella le gusta.

Sus sensuales labios se separan mientras froto un poco más fuerte y la belleza de su rostro me destroza.

Ella sigue tan hermosa como el día en que nos conocimos. Tan deslumbrante como el día en que la vi caminar por el pasillo con su espectacular vestido blanco.

Fue el mejor día de mi vida. Otra cadena para atarla a mí. Esta vez, una legal.

Su padre estaba en contra, pero pronto cambió de opinión cuando vio lo bien que la trataba. Ayudó que se enamorara de la enfermera que le envié.

Después de que sus brazos sanaron, vendió el restaurante y los dos se mudaron a Costa Rica, donde abrieron un pequeño lugar para desayunar juntos. Él prepara panqueques para turistas quemados por el sol por las mañanas y surfea las olas gigantes por las tardes.

Él es feliz, pero lo más importante es que se mantiene alejado de nuestros asuntos.

Me alegré por mi florecita de que su padre nos hubiera dado su bendición. Significaba mucho para ella, aunque no significaba nada para mí. No necesito la bendición de ningún hombre para mantener lo que es mío.

Y este coño definitivamente sigue siendo mío.

Siempre lo será.

Bree gime mientras abre las piernas, dejando que su vestido caiga hasta su cintura. Mis dedos están cubiertos de sus jugos y no puedo esperar más para que mi polla también lo esté.

Sus ojos se abren de par en par cuando me levanto y me desabrocho los pantalones con mi polla furiosa como una bestia contra el interior de mis pantalones.

Ella todavía hace que mi polla duela con cada toque de su suave piel, cada bocanada de su dulce aroma, cada sonido de su gemido, cada mirada a su cuerpo hermoso y cada sabor de su piel salada.

Ella es la única para mí y yo soy el único para ella.

—¿Vas a reclamar tu coño ahora? —pregunta con las piernas cerradas.

—Claro que sí —digo, sonriéndole mientras avanzo con mi polla dura en la mano. Miro sus piernas y sonrío. —Ábrete, florecita.

El fin.

Descubre los libros de Olivia T. Turner
https://www.oliviatturner.com/espanol.html